


**JOTA LINARES**

**EL ÚLTIMO  
VERANO ANTES  
DE TODO**

 Planeta

Jota Linares



El último verano antes  
de todo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jota Linares, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: octubre de 2022  
Depósito legal: B. 14.075-2022  
ISBN: 978-84-08-26299-2  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotoprint  
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

## EL HOMBRE QUE NO PODÍA LLORAR

El verano del año 2000 sería recordado siempre en Laguna como «el verano del muerto».

También fue el último que Ismael pasó en el pueblo.

Dieciocho años después, volvía y apenas le dio tiempo a apartarse de la carretera y detener su Ford Focus antes de vomitar. Abrió la puerta y arrojó su precario desayuno sobre la hierba del arcén y sus gastadas zapatillas de deporte: un café americano y media tostada masticada y tragada sin ganas. Permaneció sentado, doblado en dos, con medio cuerpo fuera del vehículo y la respiración acelerada. Le iba dando paso a ese regusto agrio en la boca que tanto odiaba, que asociaba a las noches de borracheras eternas con las que juraba terminar apenas llegaba el amanecer para volver a internarse en ellas. Una y otra y otra vez.

Pero ahora ese sabor tenía que ver con un miedo que le había asaltado a traición justo cuando estaba a punto de llegar.

El miedo a volver.

Porque él ya solo regresaba para visitas de cortesía cada vez más espaciadas.

Cerró la puerta y frotó sus zapatillas contra los hierbajos que crecían a la orilla de la carretera. Arrastrando los pies, se desplazó unos metros a través del antiguo mean-

dro del río y se encontró de golpe con el pantano. Al fondo se veían el pueblo y sus casas encaladas de blanco, con la iglesia de la Virgen de la Montaña en el centro como un faro enorme y desvencijado que guiaba a sus poco más de cuatro mil habitantes. Y vigilando todo el valle, aún dormido, despuntaba el Cerro Alto, el punto más alto de la sierra que rodeaba Laguna.

Desde allí volaban los parapentes y alas delta a los que el pueblo entero les debía su escasa prosperidad.

Desde la distancia, Ismael recorrió aquella tierra con la mirada hasta que detuvo los ojos verdes, heredados de un padre que nunca le reconoció como hijo, sobre las tranquilas aguas del pantano. Carraspeó para apartar una nueva arcada que le subió al recordar aquel primer verano del nuevo milenio en que el mundo de Laguna voló por los aires cuando el cadáver de Jerónimo Bodegas apareció flotando allí, con parte de la cabeza hundida a pedradas y el pelo dorado del que tanto presumía apelmazado sobre la frente por culpa de la sangre reseca. Incluso creyó volver a ver sobre la superficie en calma su cuerpo azulado con algunas partes de su hermosísimo rostro comidas por los peces.

Jerónimo, que tenía la piel bronceada, que había sido el mejor amigo de su madre.

Nadie olvida la primera vez que ve a un muerto, mucho menos si es alguien a quien quieres, alguien a quien han asesinado a golpes.

No fue consciente de cuánto tiempo estuvo inmóvil, de pie, mirando fijamente el pantano. El día clareaba ya y Laguna se presentaba ante Ismael en todo su esplendor, como recibiendo al hijo pródigo que se había ido hacía años como un paria y regresaba en 2018 como director de cine. Fracasado y humillado. Pero director de cine, al fin y al cabo.

Valoró la opción de seguir conduciendo hasta el hospital y no hacer caso de la tarea que su tía Juani le había escrito por mensaje: detenerse en el pueblo para recoger la medallita de oro de la Virgen de la Montaña que colgaba en el cabecero de la cama de su abuela. Estaba allí para velarle los sueños a cualquier durmiente.

Ismael había insistido en que no quería ese tipo de amuletos de beatos meapilas cerca de su madre, que ni ella ni él creían ya en santos curativos o rezos milagrosos que poco tenían que hacer contra una enfermedad que lo devoraba todo a su paso como un manto de oscuridad y silencio. Pero sabía que no obedecer a su tía le acarrearía una discusión para la que no tenía fuerzas después de haber conducido toda la noche. Ella era enérgica e incansable hasta el último aliento. Y, viéndolo bien, solo sería un trámite.

Arrancó maldiciendo la medalla a la que su tía le otorgaba una carrera oncológica y quiso llorar. Pero las lágrimas se habían negado a salir desde hacía demasiado tiempo. Ni siquiera acudieron cuando su hermano Fran le llamó, más de dos años atrás, para comunicarle que habían descubierto un devastador cáncer de pulmón en Cati, su madre, fumadora empedernida desde los trece.

Lo había intentado, pero nada. Desconocía por qué, pero en lugar del llanto lo invadía la náusea. Como si fuera un mal hijo.

Dejó atrás el pantano y enfiló la carretera que entraba en Laguna. En la boca del estómago se le revolvía un odio visceral hacia ese pueblo perdido en la sierra gaditana. Lo detestaba con todas sus fuerzas. Lo odió por ser tan pequeño y hacer que los sueños de su gente también tuvieran que ser pequeños. Lo odió por todas las veces que se habían reído de él porque le gustaba el cine y de Raúl por

sus gestos afeminados, de Natalia por ser una niña extraña criada por sus abuelos y del Zapata por estar atado a una profesión que le obligaba a tragarse el olor de los pies de medio pueblo.

Raúl, Natalia y el Zapata, sus amigos de la infancia y la adolescencia. Sus compañeros de batallas. Sus mitades, inseparables antes y ahora separadas en sus propias realidades.

Lo odió porque su madre ya nunca conocería otro lugar más que ese. Y ni siquiera así, enrabiado, impotente, dolorido e indefenso como un niño y odiando con toda su alma, consiguió derramar una sola lágrima.

## LAGUNA

El pueblo.

Ismael siempre tuvo la sensación de que aquella reunión de casas estaba rodeada de barrotes que solo él veía. Una jaula invisible.

Casi todas las calles estaban en cuesta, levantadas en una pendiente que terminaba en la falda de la sierra que ascendía al Cerro Alto. Cuanto más se acercara uno a las casas que colindaban con la ladera, más aumentaban las posibilidades de encontrarse con boñigas de vaca, mierda de cabra o incluso con alguna culebra despistada.

Y los hogares, de una a tres plantas y fachadas encaladas siempre de blanco por ordenanza municipal, encontraban su corazón en la plaza de los Naranjos, el centro de la vida en el pueblo, una estructura ovalada flanqueada por veinte árboles de la fruta a la que debía su nombre, veinte bancos de madera, la iglesia de la Virgen de la Montaña y, a un lateral, el bar La Posada, que a fuerza de décadas de servir a los lagunenses se había convertido en otro monumento más.

El equilibrio de Laguna, como si fuera un corazón que palpitaba debajo de las calles, seguía intacto año tras año. Ismael parecía notarlo en los huesos mientras enfilaba con su coche hacia la casa donde se había criado. Notó un



escalofrío al imaginar un enorme órgano que bombeaba sangre a todo el pueblo desde debajo de la plaza, oculto, invisible a todos menos a él. Pum pum, pum pum. Casi sintió cómo el empedrado de las calles se abombaba bajo su coche al ritmo de ese corazón gigante.

Esa misma sangre que bombeada desde las profundidades afectaba a los lagunenses de manera distinta y hacía que algunos perdieran la cabeza y acabaran poniendo fin a su aburrida vida. O eso le gustaba imaginar a Ismael durante parte de su infancia y adolescencia para tratar de hallarle un sentido a tanta muerte voluntaria.

Laguna tenía uno de los índices de suicidios más altos del país. Las viejas decían que era por lo apartado del lugar, capaz de acabar con las ambiciones del hombre más cabal. Los viejos les echaban la culpa a las horas interminables de no hacer nada. Los más jóvenes se criaban con historias sobre vecinos ahorcados en los olivares o cuya documentación aparecía en los bancos de piedra del Tajo de Ronda.

Esas eran las dos formas favoritas de los lagunenses para quitarse la vida. Especialmente dolorosa la segunda, ya que implicaba conducir fríamente hasta salir de la provincia gaditana y llegar a Ronda, en Málaga. Una vez allí, si uno no se había arrepentido durante el trayecto, se asomaba al Puente Nuevo, la monumental construcción de piedra que se levantaba sobre el Tajo, una garganta atravesada por el río Guadalquivir. Una caída de noventa y ocho metros acababa con el sufrimiento, no sin que antes el desdichado dejara la cartera encima de uno de los bancos de piedra para que así su familia supiera lo que había ocurrido en caso de que el cuerpo no se encontrara al fondo. El río traicionero, dependiendo de la época del año, podía dejar el cadáver destrozado entre el abrigo de las rocas

o arrastrarlo lejos de allí, hasta un lugar desconocido donde terminaba el sufrimiento del muerto y empezaba el de sus afectos.

Así ocurrió con Ignacio, un ganadero arruinado del que solo se recuperó el viejo carné de identidad después de que lo hubiera perdido todo por culpa de una afición desmedida a las apuestas ilegales. O con Lourdes, una maestra del colegio que nunca superó la muerte de su único hijo, un adolescente al que un camionero borracho se lo llevó por delante cuando regresaba de la feria de agosto. No encontraron el cuerpo de la mujer, pero sí su cartera, cosida a mano por ella misma, junto al puente y con sus documentos dentro. Nono Manchado, que podría haber sido una estrella de los deportes, pero probó la heroína con veinte años y ya no la soltó hasta que saltó al Tajo con cuarenta y tres, corrió la misma suerte después de muchas entradas y salidas al centro de desintoxicación. Su padre conservó toda la vida el carné de identidad que la Guardia Civil encontró con una roca encima para que no se volara. Nadie en la zona pudo olvidar a Concepción, que saltó estando embarazada de nunca se supo quién, aunque las malas lenguas de Laguna siempre decían que parecía la novia de su padre y no su hija. Ella dejó su cartera amarrada a una barandilla cercana.

Ismael, cuando paseaba por el Tajo en las pocas ocasiones en que visitó Ronda, siempre pensaba en los cuerpos que nunca aparecieron. ¿Adónde irían a ser olvidados?

Perdido en esos pensamientos, giró el coche al final de la calle Fuente y estacionó en el pequeño solar que los vecinos usaban a modo de parking. Iba a salir cuando se encontró con sus propios ojos en el espejo retrovisor... No recordaba haberse mirado en las últimas veinticuatro horas y lo que vio le horrorizó. Tenía treinta y seis años

recién cumplidos, pero desde el espejo parecía mirarle un cincuentón enfermo. Hacía meses que no se cortaba el pelo, que le caía sobre la frente en desaliñados mechones castaños moteados por alguna hebra blanca. Su barba llevaba semanas creciendo y ya se extendía asalvajada por el cuello. Lo que más le asustó fue ver la falta de vida en sus iris verdes, bordeados de un rojo sangre de horas sin sueño.

Ismael sintió una imperiosa necesidad de beberse una copa. Lo que fuera, pero que le abrasara la garganta. Unos golpes en el cristal le devolvieron a la realidad: era Raúl, su mejor amigo desde que era capaz de recordar. Le esperaba afuera. Ismael pensó que el coche necesitaba urgentemente un lavado.

—Puedo esperar todo el día, pero tengo ganas de darte un abrazo, *descastao* —bromeó Raúl. Le sonreía a través de las cagadas de pájaro incrustadas en el cristal.

La puerta se abrió y los dos amigos se fundieron.

—¿Qué has hecho para estar así en este agujero? Aquí la gente va en caída libre y tú, mírate... Pareces un actor —dijo Ismael.

El buen estado físico de uno era todavía más llamativo en comparación con el desastroso estado del otro. Raúl medía casi metro ochenta, llevaba el pelo arreglado con un estilo atemporal, a juego con una barba recortada a diario con maquinilla al número tres; vestía un jersey que le acentuaba los brazos, esculpidos en horas de gimnasio, y el estómago, insultantemente liso para alguien que ya veía venir los cuarenta. Un discreto aro de oro le adornaba la oreja izquierda. Por debajo del jersey se asomaba el tatuaje de un pájaro con las alas extendidas que dejaban adivinar que el resto del dibujo prometía ser un disfrute sobre el pecho desnudo.

Ismael no pudo evitar acordarse del verano de hacía dieciocho años. Poco o nada quedaba de aquel flacucho de pelo corto, huesos marcados y ojos asustados que tenía que buscarse la vida para no pasar por la plaza cuando el Maño estaba ahí, dispuesto a tirarle naranjas que acertaban con infernal puntería al grito de «¡maricón!». Pero su mirada color miel seguía siendo la misma, capaz de retener la luz y transformarla a su antojo en una expresión que nunca se podía saber si escondía ironía, fortaleza o miedo.

—¿Quieres que...? Bueno, ya sabes, puedo ir contigo sin problema al hospital, he terminado las clases y he avisado a los alumnos de que tardaré en corregir los exámenes. Quiero estar contigo —se ofreció Raúl con amabilidad.

—No, prefiero ir solo. De verdad, allí ya están mi tía y mi hermano. Solo quería avisarte de que llegaba, no hacía falta que vinieras a recibirme.

Raúl guardó unos segundos de silencio; sabía que Ismael daba por rechazada la invitación. Sin opción a cambiar de idea.

—Como quieras. Natalia me ha llamado, no tenía tu número y prefería no pedírtelo a ti para no molestarte. Pero le gustaría verte, está muy afectada por lo de tu madre.

—Sin problema, yo también tengo ganas de verla.

El propio Ismael notó la frialdad en sus palabras en cuanto las expulsó por la boca. No era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que había hablado por teléfono con quien fuera una especie de hermana en su adolescencia.

Un nuevo abrazo todavía más fugaz. Raúl se despidió e Ismael se colgó al hombro la bolsa de deporte, que conte-

nía un par de vaqueros, un jersey limpio y dos calzoncillos, y cruzó la calle hasta la puerta de la casa de la abuela Inés y el abuelo César. El hogar donde había crecido. Sacó sus llaves, abrió y se encontró con un zaguán sucio. Y con el silencio.